



Los estudiantes protestaron contra la decisión gubernamental de prolongar las vacaciones, decisión tomada para evitar disturbios universitarios.

ES la coincidencia de todos estos sucesos la que hace temer que lo peor sea posible: las manifestaciones de mujeres y de estudiantes —éstos protestaban por la decisión gubernamental de prolongar las vacaciones, decisión tomada para evitar disturbios universitarios—, la exhortación de la Cámara de Diputados al Ejército, la dimisión de los ministros militares, las reuniones de jefes militares, son sucesos simultáneos. En la derecha cunde la peligrosa idea de que este es precisamente el momento oportuno para derribar a Allende, el momento que se espera y que se prepara desde hace tres años. Y en la izquierda cunde la idea no solamente de la autodefensa, sino de la posibilidad de cumplir ahora la revolución. Como se sabe, Allende no solamente tiene el odio mortal de la derecha, sino que inspira un cierto temor por parte de la izquierda más radical o más revolucionaria. Le consideran un «irremediable reformista» y temen que sin una presión popular fuerte, Allende se inclinara ahora a pactar en alguna forma con la derecha, por lo menos con la democracia cristiana —en realidad, si no lo ha hecho aún ha sido por el exceso de exigencias de ésta, que cree que tiene en sus manos la clave de la situación—; es decir, que por evitar la guerra civil podría ceder en la vía socialista para la que fue votado y elegido.

AUNQUE la acumulación de odios es muy característica de una situación previa a la guerra civil, hay que considerar que muchas de las maniobras que se están realizando en estos momentos tienen carácter de amenazas, de jugadas, de elementos de disuasión. En primer lugar, no es seguro que el Ejército salga de su tradicional abstención en los asuntos políticos; más bien puede suceder que la retirada de los ministros militares obedezca a cumplir más estrictamente la abstención. No hay que olvidar que el Ejército chileno mantiene precisamente su unidad por el neutralismo; en cuanto se rompa, puede estar trágicamente dividido. En el Ejército chileno hay militares de derecha, pero también los hay de izquierda. Una de las razones que se han dado para la retirada de los militares es la de que Allende tenía preparada una lista de oficiales superiores que deseaba pasar a la reserva, para dejar el Ejército dirigido por la izquierda. No hay ninguna prueba. Parece más bien una invención parecida a la del famoso «complot de la Aspidá», en Grecia, de la supuesta depuración de generales derechistas, en cuyo nombre se dio el golpe de Estado que todavía dura. Y en la movillización obrera hay también mucho de respuesta previa, de advertencia. El espectro de una guerra civil es demasiado grave para que cualquiera de las dos partes se lance abiertamente a ella.

PERO no es imposible. De otra manera, no se ve claramente cuál puede ser la salida. Allende no puede ir demasiado lejos en el pacto con la oposición, porque se lo impedirían sus propios revolucionarios; pero la oposición no parece dispuesta a desarmar, sobre todo mientras mantenga el espejismo de que esta es la ocasión más propicia que ha tenido en los últimos años. La idea de un «golpe neutralista», de una toma de poder por los militares con la intención declarada de mantenerse alejados del enfrentamiento actual y gobernar provisionalmente al país en tanto se arbitra una solución civil, es muy difundida; pero difícilmente podría considerarse ese golpe neutralista que depusiera a un Presidente legalmente elegido y disolviera un Congreso también legalmente elegido por el país de otra manera que como un golpe de Estado contra la Constitución.

U. S. A.

## LA LENTA CAIDA DE NIXON

ROGERS, KISSINGER, AGNEW  
Y EL ATENTADO DE NUEVA ORLEANS

La suposición de un complot para acabar con la vida de Nixon cuando visitaba Nueva Orleans, la sustitución del secretario de Estado Rogers por Kissinger, la ruptura, dentro de la Casa Blanca, entre el presidente y el vicepresidente son algunos de los datos que esta semana se unen a la grave crisis de Nixon en los Estados Unidos, más explícitamente, a la grave crisis de poder en los Estados Unidos durante el segundo mandato de Nixon.

La sustitución de Rogers por Kissinger se presenta desde hace años; las diferencias entre los dos encargados de la política exterior eran públicas, notorias. Pero el hecho de que se resuelva en estos momentos es un indicio más de la crisis del poder y de los esfuerzos de Nixon por no ver en torno suyo más que rostros enteramente amigos, leales y sin reservas.

Con respecto al vicepresidente Agnew, éste se queja de que el apoyo de Nixon en el momento en que está sometido a una investigación federal por una supuesta corrupción política en la época en que era gobernador de Maryland no es suficiente, y parece envolver reservas. Es lógico que Nixon no quiera verse envuelto en nuevo escándalo; difícilmente soportaría más. Pero lo que ha de pagar por esta prudencia, por esta reserva, es una ruptura del poder en el seno mismo de la Casa Blanca. Uno de los colaboradores próximos de Agnew ha dejado circular una frase despectiva, amarga e hiriente: «En realidad, poco importa lo que diga o deje de decir de uno un hombre que no tiene más que un treinta y ocho por ciento de credibilidad»: aludía a que, según las últimas encuestas de opinión pública, Nixon sólo dispone de un treinta y ocho por ciento de opiniones favorables en el país.

En cuanto al supuesto atentado de Nueva Orleans, parece que no hay suficientes pruebas como para continuar con la investigación. Los seis sospechosos principales —militantes negros— están en libertad, solamente vigilados. La sospecha de conjura nació, se dice ahora, porque un confidente de la policía dijo que en una reunión de seis personas —los seis militantes negros— se había discutido el tema de matar a Nixon, y que posteriormente uno de los seis militantes entregó un rifle a otro. No hubo más. Se comprende que en un país como Estados Unidos esta confidencia pueda ser suficiente como para tomar todas las precauciones posibles. El servicio secreto unió estos datos al robo de un uniforme de po-

licía y al del automóvil de un sargento de la policía, y los relacionó con la desaparición de un individuo que hace tres años arrojó una bandera ardiendo contra el coche de Nixon. Le pareció al servicio secreto que todo ello constituía un motivo suficiente como para anular el paso del cortejo presidencial por las calles de Nueva Orleans, y así lo hizo. Sin embargo, no faltan voces que digan que el anuncio del complot estaba preparado bien por Nixon, bien por sus servicios de relaciones públicas y propaganda, con objeto de hacerle recuperar algo de la popularidad perdida; un presidente amenazado de muerte es siempre un presidente que recibe adhesiones.

Mientras tanto, el contencioso del escándalo Watergate sigue creciendo. Ahora las investigaciones encuentran que en la lista de donativos a Nixon para su campaña electoral hay por lo menos millón y medio de dólares de procedencia ilegal. Está prohibido en los Estados Unidos que las corporaciones, las compañías, ofrezcan fondos propios para cualquier campaña electoral, para evitar que se conviertan así en medios de presión y que puedan obtener posteriormente beneficios del elegido gracias a sus fondos. En la lista de contribuyentes voluntarios investigada en la Casa Blanca se encuentran unos dos mil nombres, y un total de unos veinte millones de dólares donados. Entre cincuenta y sesenta nombres pertenecen a compañías o empresas, pero no todos pueden considerarse ilegales: los donativos hechos personalmente por ejecutivos de esas compañías no son perseguibles. Pero unos quince o veinte donativos están hechos, aparentemente, con fondos que no puede considerarse como personales, sino de las empresas en sí. Aparecen entre ellas la American Airlines, la Ashland Oil, la Gulf Oil, la Goodyear, la Phillips Petroleum, la Minnesota Mining and Manufacturing... Y sus dirigentes van a recibir una citación para que comparezcan ante la comisión senatorial que investiga el caso Watergate.

En un recuadro, el semanario «Newsweek» alude a la demolición moral y física de Nixon, como consecuencia de esta profunda crisis. Cita a un viejo amigo: «Ha envejecido de tal manera que difícilmente se puede creer». Otro visitante asegura que cuando se le habla hay que repetir las cosas dos veces para asegurarse de que las ha comprendido. Y ahora se cita su intemperancia,



su irritación durante la conferencia de prensa en que anunció la sustitución de Rogers como

una prueba de que su irritabilidad sale de los límites de lo normal.

## CAMBOYA

### LOS ULTIMOS CARTUCHOS

#### LOS TRES FACTORES QUE PUEDEN PROLONGAR LA AGONIA DE LON NOL

En septiembre de 1971, cuando aún no era jefe oficial de la diplomacia americana, Henry Kissinger me decía en su despacho de la Casa Blanca: "Le tengo simpatía a Sihanuk. Es un gran tipo. ¿Por qué no regresó con urgencia a Phnom Penh desde París cuando le derrocó el Parlamento? Hubiese vuelto a hacerse con el poder sin derramamiento de sangre". Había en la voz de Kissinger como cierta nostalgia, ya fuera fingida o auténtica. Aquella nostalgia se ha transformado en

dease Camboya en violación de las leyes de su país, desencadenando así un terror aéreo peor que el que padecieron Gran Bretaña en 1945 y el Japón en 1945 (antes de Hiroshima); peor aún que el que sufrió Vietnam en 1972. En el increíble recital de autosatisfacción que fue su discurso del 20 de agosto en Nueva Orleans, Nixon no ocultó que la decisión de bombardear Camboya fue tomada en contra de su voluntad. Pero ni el presidente ni sus consejeros militares pare-

en el Oeste de Camboya una fuerza anticomunista que contaría con el apoyo del Ejército tailandés. El gobierno de Bangkok, sin embargo, no quiere romper sus lazos con Pekín y parece abiertamente comprometido a retrasar el desastre del régimen de Lon Nol. Tampoco parece que al mariscal pueda salvarle Thieu, que necesita la totalidad de las fuerzas de que dispone para sobrevivir frente al G. R. P.

Sin embargo, a pesar de las amenazas —poco consistentes según todos los indicios— de intervención extranjera, tres factores pueden prolongar la agonía del régimen de Lon Nol:

1. La toma por la fuerza de Phnom Penh costaría muchas vidas humanas. Los jefes del maquis sólo quieren tomar las ciudades que "se les ofrecen". Para ellos, la capital sólo puede cambiar de manos de resultados de un movimiento interior. Si han decidido aflojar la presa ha sido precisamente para facilitar ese movimiento.

2. Un asalto contra Phnom Penh lanzado inmediatamente después del 15 de agosto habría servido para que Nixon denunciase la "traición" del Congreso y decretase nuevas operaciones de bombardeo desde Tailandia. Obrando como lo han hecho, los partidarios de Sihanuk han podido demostrar que la intervención norteamericana es la causa de la masacre y que ha llegado la hora de la persuasión para los camboyanos.

3. Por otro lado, el estado

mayor de los "khmers rojos" no tiene prisa por acabar. Pasado el tiempo de los holocaustos, la fase actual de la lucha es eminentemente propicia a la formación de cuadros, que serían el día de mañana responsables de este país, como recuerda constantemente Sihanuk.

¿No debería esa relativa lentitud en la evolución del proceso camboyanos permitir a las potencias más despistadas en todo este asunto, la URSS y Francia además de los Estados Unidos, "corregir el ángulo de tiro"? Existen pequeños indicios de que los soviéticos consideran cada vez más seriamente la resistencia khmer.

Nada parece indicar un cambio de actitud por parte francesa. Hace siete años, De Gaulle pronunció en Phnom Penh su famoso discurso. Dos años más tarde, el viaje de una misión parlamentaria francesa a Pekín provocó la retirada del embajador de Francia ante el gobierno de Lon Nol. Seis meses después, André Bettencour, por aquel entonces miembro del gobierno, recibe a una importante delegación sihanukista. Sin embargo, la última palabra de la diplomacia de Pompidou parece ser la respuesta dada en el Parlamento por Michel Jobet al diputado socialista Chandernagor, después de que éste le comunicara su preocupación por las relaciones entre el gobierno galo y la resistencia khmer: "¿Sihanuk? ¿Quién le quiere ya? ¿Los rusos? ¿Los chinos? En cualquier caso, no los camboyanos...". ■ JEAN LACOUTURE.



exasperación. Por aquel entonces, el recién nombrado secretario de Estado hubiera podido reanudar los lazos y preparar una solución política para Camboya. Kissinger tiene hoy más poder que entonces, y, sin embargo, no le queda ya ningún triunfo, ninguna baza que jugar frente a Sihanuk. Lo único que puede oponer al príncipe es un enfermizo mariscal, un ejército reclutado casi por la fuerza y unos cuantos notables que no logran ponerse de acuerdo entre sí.

Nixon permitió que se bombar-

cen haber renunciado a retrasar lo inevitable. El 15 de agosto de 1973 no señala únicamente el final de los bombardeos "oficiales" americanos sobre Indochina, sino también el comienzo de una serie de operaciones de retaguardia que se están preparando tanto en Bangkok como en Saigón.

Ya el 19 de agosto, un grupo de refugiados laosianos de extrema derecha establecidos en Tailandia intentaron en vano llevar a cabo un golpe de Estado en Vientian. Los camboyanos refugiados en Tailandia, por su parte, no han renunciado a instalar

## GRECIA

### DEMOCRACIA Y REALIDAD

#### A LA ESPERA DE LA PRUEBA DE FUEGO PARA EL NUEVO REGIMEN

La reducción de los aspectos dictatoriales en Grecia aparece como una concesión, una tolerancia o una generosidad del grupo que ocupa el poder. El restablecimiento de libertades públicas anunciado por Papadópulos al ocupar la Presidencia de la República —por ocho años— procede de un acto tan dudoso como el referéndum dispuesto para confirmar el hecho consumado del destronamiento de Constantino, y se aplaza prácticamente hasta finales de 1974, cuando el país elija un nuevo Parlamento. El Parlamento de doscientos diputados tendrá una parte designada por el propio presidente, otra elegida

por las corporaciones y otra de elección directa.

Pero en la nueva Constitución se determina que los temas relacionados con la defensa nacional, la seguridad interior —orden público— y asuntos exteriores no podrán ser debatidos en el Parlamento, ni la acción del gobierno en ellos podrá ser objeto de censura o crítica. Fácilmente se comprende que mediante más o menos hábiles conversaciones, todos los temas políticos pueden ser incluidos en estos tres apartados. Y serán, constitucionalmente, de la exclusiva incumbencia del presidente de la República.

Se ha anunciado también que